



LITERATURA Y CRISPACIÓN SOCIAL EN LOS ALBORES DEL ESTALLIDO: APUNTES PARA UNA REFLEXIÓN

LITERATURE AND SOCIAL TENSIONS IN THE EVE OF THE UPRISING. NOTES FOR REFLECTING

Gilda Waldman M.
Universidad Nacional Autónoma de México
gwaldman18@gmail.com

ORCID: 0000-0003-3288-4149

RESUMEN

Si para Octavio Paz la literatura constituye una respuesta a las preguntas que sobre sí misma se hace una sociedad, coincidiendo en este sentido con la ensayista argentina Beatriz Sarlo, para quien “una sociedad habla, entre otros discursos, con el de la literatura”, podría también afirmarse que la literatura, al igual que otras modalidades artísticas, tiene la capacidad de percibir y examinar el “sentir social” y el “espíritu de los tiempos” de una sociedad en un momento histórico determinar, pudiendo presagiar (sin ánimo profético) los nuevos cambios de rumbo que esa sociedad podría experimentar. Este artículo realiza un somero recorrido por algunas representaciones literarias que captaron, de diversas formas, los signos de crispación social que atravesaba a la sociedad chilena y que explotaron en el estallido de octubre del 2019.

PALABRAS CLAVE: Chile, literatura, crispación social, estallido.

ABSTRACT

If, for Octavio Paz literature is a response to the questions society asks about itself, coinciding in this sense with the Argentine essayist Beatriz Sarlo, for whom “a society speaks, among other discourses, through literature,” it could also be affirmed that literature, like other artistic modalities, has the capacity to perceive and examine the “social sentiment” and the “spirit of the times” of a society at a given historical moment. It might be able to foresee (without prophetic intention) the changes that society will experience. This article briefly explores some literary representations that captured, in various forms, the signs of social tension that permeated Chilean society, leading to the October uprising in 2019.

KEY WORDS: *Chile, literature, social tension, uprising.*

Recibido: 31 de marzo 2024.

Aceptado: 16 de Agosto 2024.

En una de las escenas finales de la película *Joker* (Todd, 2019), Ciudad Gótica está sumida en el caos. La economía ha colapsado, y los servicios de limpieza no recogen la basura, que se pudre en las esquinas. Una multitud de manifestantes, disfrazados de payasos, se han apoderado de las calles a través de barricadas que impiden el paso, y el incendio de edificios y coches dificulta aún más la movilidad. Humillados por las palabras del magnate y candidato a Alcalde Thomas Wayne -quien los ha minimizado calificándolos de “payasos”- y enojados ante la creciente desigualdad social y las deficientes políticas públicas que se traducen en falta de apoyo social a los sectores más vulnerables, los habitantes de Ciudad Gótica, enfundados en máscaras similares que desdibujan rostros e identidades específicos, han convertido a la ciudad en un perturbador paisaje nihilista y anómico, en el que las instituciones han perdido autoridad y se han resquebrajado las reglas normativas del Contrato Social. En las escenas finales de la película referida, Ciudad Gótica colapsa en el fuego (¿purificador?) de una ira violenta y descontrolada, ajena ya a mediaciones institucionales, que cuestiona todas las formas de autoridad y que busca nuevos horizontes que permitan construir una vida distinta, aunque sus contornos no estén, todavía, claramente definidos.

Estas escenas filmicas se replicaron recurrentemente, por los más diversos motivos (económicos, políticos o étnicos), en distintos espacios geográficos durante las imprevisibles, intensas e inesperadas movilizaciones sociales que tuvieron lugar durante los años recientes en Francia en 2017, en Hong Kong, Líbano, Ecuador, o Bagdad en 2019 y en Minneapolis en 2020, expresando el descontento social de una población crecientemente vulnerable y marginada que se movilizó en contra de los pilares de un orden social, político, económico y cultural visualizado como esclerótico e inservible para dar respuesta a sus demandas sociales. También se replicaron en Santiago de Chile (y en otras ciudades del país) a lo largo de varias semanas a fines de 2019. Un ínfimo aumento al pasaje del metro desencadenó, en un país que, a lo largo de tres décadas, aparecía ante los ojos del mundo como un modelo de éxito económico y estabilidad política, un estallido social que expresaba el hartazgo colectivo y la ira acumulada de una sociedad cansada ya de las reiteradas promesas no cumplidas por los gobiernos post-dictatoriales, y que vivía día a día una creciente desigualdad y precarización económicas, las falencias de servicios educativos y de salud insuficientes y de mala calidad, la segregación social y cultural, el abandono del Estado y de políticas públicas efectivas, y la desconfianza ante las instituciones políticas, entre otros elementos.

Si bien el malestar social y la posibilidad de una explosión social estaban larvados desde años previos, el estallido social de 2019 fue sorpresivo, en especial para la clase política (tal como había sucedido en Francia en 2017 con el movimiento de los “chalecos

amarillos”). Sin embargo, los signos estaban presentes desde hacía largo tiempo en el debate intelectual y académico (Moulian, 1997; Richard, 1998; Lechner, 2002; de la Parra, 2002; Mayol, 2013; Vera Gajardo, 2013) como también en prácticas artísticas como la música (Ponte, 2016), documentales y películas (González et al., 2018) y ciertamente, en la literatura. Ello no es algo extraño, dada la capacidad del arte para captar sensiblemente lo que se ha denominado “el espíritu de los tiempos” (*Zeitgeist*), es decir, el clima cultural y anímico colectivo que caracteriza a un período particular de la historia. El ámbito literario fue particularmente rico, para explorar desde diversos ángulos y a través de un imaginario simbólico especialmente sensible para percibir la subjetividad social, la profunda insatisfacción y la ira acumulada que convertía a la sociedad chilena en una olla a presión a punto de explotar. No se trata, ciertamente, de atribuirle a la literatura dones proféticos, pero sí de relevar su capacidad para percibir de manera sensible el malestar emocional, existencial, intelectual, y cultural que recorría a la sociedad chilena durante los últimos años, vislumbrando, e incluso alertando, la enorme explosividad social que ese malestar conllevaba.

Ciertamente la literatura, como recordaba Octavio Paz (1983), constituye una respuesta a las preguntas que sobre sí misma se hace una sociedad, coincidiendo en este sentido con la ensayista Beatriz Sarlo, para quien “una sociedad habla, entre otros discursos, con el de la literatura” (1983:9). A lo anterior podría agregarse -avanzando un paso más- la aseveración de Zygmunt Bauman y Ricardo Mazzeo en torno a la capacidad de “los escritores de novelas, así como también de otros artistas visionarios, para señalar y examinar nuevos cambios de rumbo o nuevas tendencias” (2019:17), capacidad refrendada hoy cuando “una vez más en la historia de los tiempos modernos, los novelistas se unen a los cineastas y a los artistas visuales en la vanguardia de la reflexión, del debate y de la consciencia pública” (2019:17). Ejemplos de lo anterior los podemos encontrar, en el ámbito literario, por ejemplo, en la novela *El proceso*, en la que Franz Kafka anticipaba la pesadilla de la complejidad burocrática del siglo XX e incluso, en sus diarios, la aparición de las cámaras de gas. O, en la previsión del escritor austríaco Joseph Roth, quien en su novela *A Diestra y siniestra* (publicada en 1923) ya describía los alcances que podría alcanzar el surgimiento del nazismo en Alemania. De igual modo, George Orwell anticipaba su novela *1984* lo que sería nuestra propia sociedad actual, recorrida por cada vez más sofisticados mecanismos de control y vigilancia y, en este mismo sentido, sería imposible no mencionar al escritor Philip K. Dick, arquitecto literario de un futuro distópico que ya es parte de nuestro presente. Asimismo, se podría mencionar, entre muchos otros, al escritor francés Michel Houellebecq quien en su novela “Serotonina” escrita meses antes de la aparición en la escena pública de los “chalecos amarillos”, describía la fuerza de las manifestaciones masivas que podrían paralizar a Francia en un período muy próximo.

En el vasto caleidoscopio de la literatura chilena actual, desde diversos géneros se captó, de manera nítida y precisa, la cara sombría de una realidad que, más allá de los datos macroeconómicos y del optimista político sobre los beneficios de la democracia,

implicaba para amplios sectores de la población la pérdida de protección del Estado, la degradación de los servicios sociales, la ruptura del tejido social, la precariedad económica y la desmoralización social. entre muchos otros factores. En este sentido, la literatura no dudó, en concordancia con la afirmación del escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez en “agarrar (la) realidad por las solapas, mirarla a los ojos e insultarla sin miramientos” (Vásquez, 2016:205).

En el ámbito poético, por ejemplo, el poema *Los desarrapados* de José Angel Cuevas alude al enojo que provoca la exclusión social y la relevancia alcanzada por los centros comerciales, convertidos ahora en el templo del consumo banal y en el ágora que reemplaza a la plaza pública, el espacio en el que discursivamente se ejercen libertad y ciudadanía, creando una suerte de anestesia social que despolitiza, trivializa la memoria e inestabiliza la identidad.

Viajan los desarrapados del capitalismo salvaje
/a la luz de los grandes letreros/que nadie lee/
ni las puertas abiertas/de los Shopping Mall/
como nichos del Mal/
el mundo revirtió acá/
nuestro mundo/cordillerano/
guarnición zapato de hierro/
No pregunten nada
(Cuevas, 1997:43).

En una tesitura similar, en los versos de Diego Ramírez se manifiesta la ira de los jóvenes abandonados a su suerte por las instituciones que debían protegerlos y otorgarles un sentido de comunidad y pertenencia (Estado, escuela, Iglesia, familia).

Hay un país cercado/
Hay rejas en las calles/
Hay una ciudad sitiada por el miedo de los nuevos poderes de estado/
hay una ciudad enmudecida por la renuncia/
Por el recuerdo de la rabia/
Y la rabia y de nuevo la rabia/
Y es necesario absolutamente que esa rabia/
sea el campo de batalla/
y el fuego/y tu nombre/y mis amigos más jóvenes/
sobre las vigilancias represadas/y los poderes pactados (Ramírez, 2015:23).

Por otra parte, en el fragmento del joven escritor Ricardo Vivallo queda de manifiesto la atmósfera de desaliento e irritación que recorre a gran parte de la sociedad chilena:

Seis de la tarde. Éxodo de oficinistas. Quioscos y negocios cerrados. Los vendedores ambulantes recogen su mercadería y se la echan al hombro, como beduinos. Consignas anarquistas

en los muros de la iglesia de San Francisco. Un estencil con la cara de Allende (...). Una muchacha negra fríe sopaipillas que atraviesa con un fierro largo, como un estoque. Un hombre descalzo, envuelto en una frazada, pide plata con un vaso de McDonald's en la mano. No sabe qué hacer, adónde ir. ¿Aprovechar de dar un paseo por la ciudad desierta? ¿Buscar un bar y sentarse a mirar por la ventana? ¿Con la secreta esperanza de participar en algún tipo de desorden? (Vivallo, 2017).

Por otra parte, sin duda, la crónica urbana -anclada siempre a la realidad- fue una modalidad discursiva idónea para dar cuenta y descifrar los modos de vivir y sentir, así como también de las sensibilidades y formas de sociabilidad de los habitantes urbanos en relación al día a día de su historia presente. En el caso de las crónicas urbanas santiaguinas de Álvaro Bisama, o Rafael Gumucio, por ejemplo, su escritura urgente, inmediata, fragmentaria, irónica, transgresora e irreverente, develaba las verdades ocultas de una ciudad que, al igual que el resto del país, quería mostrar solo su rostro más exitoso exaltando los logros democráticos y económicos de las últimas décadas, pero olvidando que tras el discurso identitario de transparencia, dinamismo y eficiencia de un Santiago globalizado, moderno y competitivo se escondía una ciudad precarizada y excluyente, y en la cual sus habitantes vivían una subjetividad vulnerable en la que primaba el descontento, la rabia, la frustración y la amenazada de la incertidumbre laboral, el aumento de la criminalidad y la falta de solidez de los lazos sociales. Las crónicas urbanas de Álvaro Bisama o Rafael Gumucio desmentían las leyendas inscritas en las postales turísticas: “Santiago de Chile: una ciudad moderna y atractiva, pujante y dinámica, a los pies de la cordillera de los Andes”, contrastando la visión idílica del discurso democrático con la realidad de una ciudad que seguía siendo jerárquica y estamental, medida por la pregunta “¿En qué colegio estudiaste?” (Gumucio 1999: 114). La crónica urbana develaba así que, a pesar de los avances económicos alcanzados en las últimas décadas, era inocultable la precarización de la vida cotidiana de quien “ocupa una pieza húmeda de un caserón en ruinas y no tiene otra rutina que la que la ciudad le ofrece: vagar sin rumbo por el centro todos los días, esperando nada. A veces consigue vino y pastillas y pasa la tarde viendo pasar las micros en alguna de esas plazas mugrientas que están en Los Héroes” (Bisama 2006: 58). La crónica dibujaba, así, la geografía de un Santiago invisible y secreto para el discurso oficial, delineando el perfil urbano de quien “se acostumbró a ser un ciudadano anónimo en una ciudad llena de ciudadanos anónimos porque le gustaba esa rutina de días idénticos donde quedaba lo suficientemente cansado para dormirse y no pensar en lo que venía después, en lo que iba a ser el resto de su vida” (Bisama 2006: 77). En este sentido, trazaba también el contorno de una ciudad en la que gran parte de sus habitantes eran considerados “ciudadanos extranjeros ... porque así (es) la ciudad: un inmenso mapa de sitios vedados o desconocidos, a los que solo se podía entrar por la puerta de servicios,

jardines sobre los que se podía caminar solo si era el jardinero” (Bisama 2006:78). Se trata, en fin, de una crónica que mapeaba el paisaje urbano y de algunas de sus figuras sociales más vulnerables (desempleados, estatuas vivientes, migrantes o trabajadores eventuales, entre otros), vagabundos a la deriva en un país donde «ser chileno es pertenecer a un sistema de castas copiado a la mala de una Inglaterra que ya no existe» (Gumucio 1999: 15). En esta línea, la crónica le tomaba el pulso a la ciudad, revelando el mundo pesadillesco de los “desperdicios humanos” (Bauman: 2005), desposeídos y descreídos del futuro, “que dan vueltas por las calles, (son) gente que se ha perdido ... se han quedado como náufragos recorriendo el paisaje del centro ... Esas personas son sus víctimas. Son sus huérfanos” (Bisama 2006: 134).

En otra tesitura, la narrativa exploró también, desde diversas ópticas y de manera cruda, pero a la vez visionaria, la insatisfacción punzante de la sociedad chilena, representando la cara sombría de una realidad que estaba llena de presagios perturbadores, dando cuenta de historias individuales quebrantadas, sin posibilidades de alcanzar una vida mejor y sin utopías que defender. Se trata de una narrativa que se insertó de lleno en la atmósfera social de indignación y desencanto que desde hacía ya muchos años recorría las calles del país. Ella creó una suerte de “literatura de la precariedad” que recogía las voces, los cuerpos, las subjetividades y las experiencias de los sujetos más vulnerables, indefensos ante la carencia de políticas sociales efectivas, rodeadas por la indiferencia y la hostilidad, y en un estado de precariedad que no solamente es económico sino también social, cultural y emocional. Es decir, una precariedad en la que se han perdido todos los soportes de la existencia social y en la que la energía social acumulada de rabia y crispación se convirtió, finalmente, en un volcán en erupción.

En esta línea, la escritora Diamela Eltit, por ejemplo, visibilizó a los sujetos descen- trados, marginales y anónimos, excluidos de la protección institucional y del reconocimiento de toda forma de pertenencia social, dejados a la intemperie en las aguas turbulentas de la provisionalidad, el abuso y la incertidumbre. Empleados de supermercado sometidos a una brutal lógica de mercado y que apenas logran sobrevivir en condiciones de vida despiadadas: “progresivamente cansado, exhausto, enfermo; en este estado, soy víctima de una indiferencia que me puede conducir a la disolución. A la pérdida de todo lo que tengo. La miseria arrastrada de mí mismo ahora es lo único que soy capaz de conservar” (Eltit, 2002:50) O muchachas marginales que se prostituyen en la cabina de un cibercafé y que habitan en departamentos pequeños y hacinados sitiados por enfurecidos policías de carabineros, “enfurecidos porque no mataron a nadie hoy” (Eltit, 2013:39). O vendedores ambulantes “absolutamente cansados de experimentar toneladas de privaciones. Hastiados de los golpes que nos propinan las oleadas de desconsideración y de desprecio” (Eltit, 2018:18). Todos ellos forman parte de la pléyade de imágenes borrosas y cuerpos sin valor que importan cada vez menos para las instituciones oficiales. Tras el éxito económico y el discurso de la gobernabilidad y la política de los consensos, se esconden vidas rotas, expulsadas, borradas, invisibilizadas; las vidas de los sujetos disociados de sus nombres,

las de “las personas que no cuentan” (Gatti, 2022) y cuya rabia nutrió, entre muchos otros manifestantes, las gigantescas manifestaciones de octubre del año 2019.

Por otra parte, fueron escritores jóvenes, como Paulina Flores, Diego Zúñiga y Areli Uribe quienes, en una suerte de crónica generacional, representaron literariamente, de manera clara y precisa, los signos perturbadores de las fracturas sociales, la ansiedad generalizada y la consiguiente crispación que recorría las calles del país, en especial entre los jóvenes que si bien nacieron en democracia (y en el mundo de las redes sociales), crecieron en un país de mayor bienestar económico (que, si bien expandió el acceso la educación, masificó el consumo, generó movilidad social y amplió la clase media), debieron enfrentarse a una estructura laboral que, en el marco de las políticas económicas implementadas desde la dictadura, los condenaba a trabajos precarios y/o al desempleo, al tiempo que se desintegraba la trama institucional que podría ofrecerles una identidad de pertenencia y se esfumaba la ilusión de una democracia plena que el plebiscito de 1990 había ofrecida a sus padres. Los libros de cuentos de estos jóvenes escritores dieron voz al profundo malestar de toda una generación de jóvenes ante la desigualdad, la carencia de utopías que defender y el desencanto ante una realidad sin que no les ofrecía posibilidades de alcanzar una vida mejor.

Así, por ejemplo, en el libro de cuentos de Diego Zúñiga, *Niños Héroe*s (2016) los protagonistas son adolescentes que no encuentran su lugar en el mundo y cuyas vidas transcurren en una situación de orfandad familiar y social que los lleva a asaltar bancos en un parque de diversiones como “venganza contra el sistema” (2016:14). O estudiantes de escuelas segregadas desilusionados con la promesa meritocrática de que el estudio ofrece buenos empleos. O una pareja de jóvenes provenientes de familias fracturadas que deambulan por Santiago, víctimas de la precariedad laboral (“No durábamos mucho en ninguna parte porque siempre nos querían hacer trabajar más horas de las que nos pagaban” 2016:39), pero que juegan a levantar un hogar cobijándose en los departamentos-piloto de los grandes edificios construidos en Santiago a partir del incontrolable desarrollo inmobiliario que demolió las antiguas casas de los barrios residenciales. A estas figuras literarias -marginadas de los beneficios del “oasis” de éxito económico y estabilidad política que se suponía era Chile- Paulina Flores, en su libro de cuentos *¡Qué vergüenza!* (2015) agrega personajes igualmente jóvenes, dedicados a sobrevivir como pueden y que intentan resistir los embates cotidianos haciendo equilibrios para no desmoronarse: un padre desempleado humillado frente a su hijas pequeñas, dos muchachas meseras en un restaurante de comida rápida viviendo la inestabilidad ocupacional de empleos mal pagados o la posibilidad de un despido inminente, una mujer profundamente infeliz y sin futuro laboral que se refugia en casa de su madre, en un departamento minúsculo son, entre otros, algunos de sus personajes, habitantes de una precariedad ciertamente económica y laboral, pero también existencial, que parece no tener salida en el “país de los jaguares” (como se denominó discursivamente al éxito económico chileno). A su vez, por las páginas del libro de cuentos *Quiltras* (2017), de Areli Uribe, mujeres jóvenes, de piel

oscura, económicamente vulnerables, condenadas a la violencia y al machismo, expuestas al daño y al abandono, rodeadas por la indiferencia y la hostilidad -física y simbólica- viven en barrios desolados, olvidados por el Estado y “tomados” por la delincuencia y el narcotráfico. “Me acuerdo que todo era cemento o era tierra. Me acuerdo del baño, con las tazas vomitando litros y litros de agua, regurgitando lo que alguien había depositado hace días, semanas o meses”, rememora una de ellas (2017:72). Se trata de que viajan en transporte público en la noche y “no anda nadie y eso me asusta. Mi única arma de defensa es arrugar la frente, caminar rápido y esperar que no pase nada malo de aquí a mi casa” (2017: 48) o se desplazan por la ciudad en bicicleta, buscan novio por internet y esperan la oportunidad de entrar a la Universidad ¿para lograr una vida mejor?

Los cuentos de Dipto Zúñiga, Paulina Flores y Arelis Uribe constituyen narrativas de dolor, escritas desde una incomodidad que es también la del lector. Sus personajes son seres anónimos, residuales y desechables, con la desesperanza grabado en la piel y con una ira contenida que brotó furiosamente en el estallido de octubre del 2019 como respuesta a las grietas que, bajo la fachada de normalidad que parecía reinar en la sociedad chilena, venían abriéndose desde varios años antes.

En otra tesitura, fue el género negro una de las atalayas más interesantes para vislumbrar literariamente el alcance del desencanto, la rabia, la ira, y la indignación que desencadenaron el estallido de octubre del año 2019. El género negro constituye, de por sí, un termómetro preciso para descifrar las zonas oscuras de la sociedad, radiografiar las fisuras de sus rincones más ocultos, y develar sus silencios y mentiras sórdidas. La investigación de un hecho criminal, realizada por un detective que desde el primer momento sabe que “algo huele mal en Dinamarca”, y que deberá navegar “a contracorriente” para resolver el caso, constituye una herramienta particularmente idónea para rastrear, socavar y desenterrar las principales tensiones y conflictos sociales que aquejan a una sociedad. Caracterizada por la dureza estilística de un lenguaje callejero duro, violento e irónico, la novela de género negro le toma el pulso a la realidad social y política de una sociedad en crisis, lanzando una mirada inquisitiva y crítica sobre el presente de un país en el que los hechos criminales no son sino la punta del iceberg de profundas tensiones económicas, sociales y políticas e ideológicas de una comunidad. La investigación criminal se convierte, así, en el fondo, en un debate sobre la historia reciente del país.

Si bien en Chile, el género negro es de larga data y ha contado con espléndidos exponentes (Franken, 2003; Franken y Sepúlveda, 2009), a los que se han agregado recientemente autores jóvenes de gran calidad (Quercia 2010, 2016; Hernández, 2015.) ha sido el novelista Ramón Díaz Eterovic quien, en su saga de diecinueve novelas publicadas entre 1987 y 2023, ha desbrozado de manera nítida y precisa la atmósfera social, política, económica y cultural en la que se fraguó la crispación social que explotó en octubre del año 2019. A través de la voz y la mirada irónica, dolorosa y colérica del detective Heredia -santiaguino de cepa, violento y rudo, pero también tierno y sensible-, Díaz Eterovic dialoga con la historia y con el paisaje sociopolítico presente del país, contradiciendo y

confrontando al discurso oficial. El independiente detective Heredia recorre las calles, los suburbios y los arrabales de Santiago obteniendo información de seres marginales y excluidos, y en ese deambular capta y registra -desde una mirada desencantada y escéptica- las heridas y fracturas de las vidas perturbadas de grandes sectores de la sociedad. Para Heredia, tras el país globalizado, moderno y competitivo se esconde una realidad de precariedad y exclusión, en la cual la subjetividad de sus habitantes se encuentra amenazada por la desigualdad económica, la incertidumbre laboral, las pensiones insuficientes y la privatización de servicios públicos (agua, electricidad, transporte, educación, salud, etc.) Tras los logros democráticos se oculta un sistema marcado por la competencia económica, el individualismo, el exitismo y la farándula. “Vivimos en un circo permanente, don” –afirma un personaje cercano a Heredia. “Políticos, cantantes, deportistas, modelos y fugaces estrellas de televisión. Todos aportan su grano de estupidez a la farándula que nos propinan a diario por la tele y la prensa. La gente sería no consigue levantar cabezas” (Díaz Eterovic, 2006: 45). Tras el discurso oficial –eufórico y triunfalista– que ensalza los logros del consumismo neoliberal, existe una sociedad vulnerable y polarizada, de seres individualizados y solitarios sin un sitio propio en la sociedad, totalmente ajenos a quienes “se abanicen con sus tarjetas de créditos, engordan en los Mc Donalds, y se burlan de lo que fueron antes” (Díaz Eterovic, 2000: 212).

Desarraigado, escéptico, económicamente empobrecido, habitante de un barrio céntrico deteriorado, Heredia condensa la orfandad social de quienes viven en la realidad gris de un país en el que han campeado la corrupción policial, política y judicial, la colusión entre intereses políticos y económicos, la mascarada democrática que no ha servido más que para alimentar y reproducir los tentáculos del poder, los negociados ecológicos, el tráfico de drogas y la influencia del crimen organizado en las instituciones políticas, el racismo y la discriminación a los migrantes, la malversación de dinero público, la ineficacia de la justicia, el descrédito de las instituciones públicas y la creciente polarización social, entre muchos otros procesos. La voz de Heredia se vuelve así, por una parte, una cartografía de los principales problemas sociales que detonaron la ira y el descontento del estallido y, al mismo tiempo, un registro del clima de crispación social que aumentaba paulatinamente y que se manifestaba, literariamente, en rabia al observar “Un sinfín de rostros anónimos, muecas que se adivinaban a la distancia y palabras agresivas, a flor de labios para manifestar, de un momento a otro, la ira que todos llevaban dentro de sí, en una ciudad donde la paz es un bien escaso” (2001: 11), o en la frustración porque “ya no se puede tomar una copa con los amigos. Todos trabajan de sol a sol para llenar la olla o pagar deudas, sin un minuto de calma, confundidos en una carrera sin sentido” (2002: 41), o en la desesperanza ante el hecho de que “hoy en día hay dos clases de gente: la que el sistema agarra a patadas y no tiene donde caerse muerta, y la que el sistema agarró de los cojones y la tiene loca, metida en el juego de trabajar y consumir, enferma de los nervios, neurótica, a punto de reventar, como globos a los que han inflado con más gas del recomendado” (2003: 23), o en la tristeza al observar que “la ciudad está llena de gente

que sobrevive en un rincón, marginada, sin ilusiones, bestializados. Basta con recorrer el centro de Santiago para ver a los vagos que amanecen en las puertas del banco del Estado, en los alrededores de las estaciones del metro” (2003: 53), o en la desesperación porque “algo está mal en la gente. Frustraciones, deudas, jóvenes sin más horizonte que la cesantía y la miseria, gente que trabaja de sol a sol para pagar sus préstamos. Poca o ninguna alegría” (2008:240), o en la cólera de que “todo se volvía comercio gracias a los genios que imponían la economía de libre mercado: Las autopistas, los cementerios, los hospitales, las escuelas y universidades, el uso de las plazas, la luz de la luna, el aire salobre del mar” (2008:149), o en el desaliento ante los “niños condenados a la miseria, a los colegios de mala calidad, y más tarde a los trabajos mal pagados y a una vida sin más sentido que sobrevivir en medio de la selva” (2008:171) y los “hospitales públicos donde todo huele a viejo, y la gente pierde su tiempo y hasta u vida esperando la atención de un médico” (2015:225), o la irritación ante “el barrio atestado de gente que se atropellaba sin miramiento. Era el nervio agitado de personas dominadas por la rabia y el hastío. Algo no andaba bien en el país pese a las cifras optimistas de los economistas y a los discursos de los políticos” (2021:10), o el desánimo al observar que “la gente anda agresiva, malhumoradas, y dispuesta a discutir con cualquiera que se cruce en su camino” (2021: 57) y “en el metro la gente se empujaba para ingresar a los vagones y en sus miradas esquivas se apreciaba una mezcla de rabia y cansancio” (2021: 63).

En *Imágenes de la muerte* (2022), la última novela publicada de Ramón Díaz Eterovic, la crispación se ha convertido en intolerancia. El volcán, cuya energía (social) estaba en el aire, ha entrado en erupción. “Santiago alterada por sus iracundos habitantes” (2022:187) se asemeja (como también otras ciudades del país) a la escena final del *Joker*: incendios, saqueos, barricadas, gases lacrimógenos, tiendas comerciales con sus puertas y ventanas tapiadas, cortes de calle, escombros, basura, “restos de muebles, paletas publicitarias, colchones, destripados, semáforos rotos, rejas, recipientes de basura, neumáticos gastados, trozos de hormigón y piedras que se encontraban en la vía pública. Todo servía para levantar barricadas” (2022: 64). En este entorno, en el que también gigantescas manifestaciones movilizaron a decenas de miles de personas que “protestan porque está cansada de los abusos y las injusticias. Cansada de una vida de segunda o tercera mano, de sobrevivencia, y a veces ni eso” (2022:168), y la actuación de las fuerzas del orden recordaban los días más aciagos de la dictadura, Heredia deberá resolver dos desapariciones. Por un lado, la de Tomás, un muchacho precarizado de una población pobre, uno de los muchos que pasaron por la educación pública sin visos de futuro y para quienes “la vida dejó de tener sentido y eso se transformó en rabia y violencia ciega, al margen en su propio país” (Serra Banfi, sin publicar), víctimas fáciles del narcotráfico, sea como adictos o como sicarios. Por el otro, la desaparición de un fotógrafo, Daniel, comprometido con la lucha social. Ambos, víctimas de una red criminal en la que se entretajan la corrupción policial de carabineros y el narcotráfico, de larga data en el país (Vázquez, en prensa)

pero que cuya influencia ha sido cada vez más amplia, persistente y sostenida en la vida del país, hasta convertirse en una realidad ineludible en el Chile de hoy.

Heredia, en el fondo, desconfiaba de los posibles cambios que podría traer el estallido social Cuatro años más tarde, la esperanza de que las demandas de aquel momento se cumplan sigue sin respuesta. Un horizonte incierto y nuboso se dibuja en el país. Pero la literatura se escribe “desde la perplejidad más que de la certeza” (Villoro, 2002), y quizá de allí puedan asomar una cierta claridad.

BIBLIOGRAFIA

- Bauman, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós, 2005.
- Bauman Zygmunt y Mazzeo, Ricardo. *Elogio de la literatura*. Barcelona: Gedisa, 2019.
- Bisama, Álvaro, *Postales urbanas*. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 2006.
- Carreño, Rubí. *Av. Independencia. Literatura, música e ideas de Chile disidente*. Santiago: Cuarto Propio, 2013
- Cuevas, José Ángel. *Poesía de la Comisión Liquidadora*. Santiago: LOM ediciones, 1997.
- De la Parra, Marco Antonio. *El cuerpo de Chile*. Santiago: Planeta, 2002.
- Díaz Eterovic, Ramón. *Ángeles y solitarios* Santiago: LOM ediciones, 2000.
- _____. *Los siete hijos de Simenon*. Santiago: LOM ediciones, 2000.
- _____. *El ojo del alma*. Santiago: LOM ediciones, 2001.
- _____. *El hombre que pregunta*. Santiago: LOM ediciones, 2002.
- _____. *El color de la piel*. Santiago: LOM ediciones, 2003.
- _____. *A la sombra del dinero*. Santiago: LOM ediciones, 2005.
- _____. *La oscura memoria de las armas*. Santiago: LOM ediciones, 2008.
- _____. *La muerte juega a ganador*. Santiago, LOM ediciones, 2010.
- _____. *El leve aliento de la verdad*, Santiago: LOM ediciones, 2012.
- _____. *La música de la soledad*. Santiago: LOM ediciones, 2014.
- _____. *Los fuegos del pasado*. Santiago: LOM ediciones, 2016.
- _____. *La cola del diablo*: Santiago: LOM ediciones, 2018.
- _____. *Los asuntos del prójimo*, Santiago: LOM ediciones, 2021.
- _____. *Imágenes de la muerte*. Santiago: LOM ediciones, 2022.
- Eltit, Diamela. *Mano de obra*. Santiago: Planeta-Seix Barral, 2002.
- _____. *Fuerzas especiales*. Santiago: Planeta-Seix Barral, 2013.
- _____. *Sumar*. Santiago: Planeta-Seix Barral, 2018.
- Gatti, Gabriel. *Desaparecidos. Cartografías del abandono*. México: Editorial Turner, 2022.
- González, Sebastián et al. *Figurar la comunidad. Cine chileno en tres tiempos 1990-2017*. *Cinemas d'Amérique Latine*, Núm. 26, 2018.

- Flores, Paulina. *Qué vergüenza*. Santiago: Hueders, 2015.
- Franken, Clemens. *Crimen y verdad en la novela policial chilena actual* Santiago: Universidad de Santiago de Chile, 2003.
- Franken, Clemens y Sepúlveda, Magda. *Tinta de sangre. Narrativa policial chilena en el siglo XX*. Santiago: Ediciones UCSH, 2009.
- Gumucio, Rafael. *Monstruos cardinales*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2002.
- Hernández, Gonzalo. *Colonia de perros*. Santiago: Tajamar Editores, 2010.
- . *Entre lutos y desiertos*. Santiago: Tajamar Editores, 2015
- Lechner, Norbert. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: LOM ediciones, 2002.
- Mayol, Alberto. *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Santiago: LOM ediciones, 2012.
- Moulian, Tomás. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: LOM-Arcis, 1997.
- Paz, Octavio. *Tiempo nublado*. Barcelona: Seix Barral, 1983.
- Ponte, David (ed.). *Se oía venir. Cómo la música advirtió la explosión social en Chile*. Santiago: Cuaderno y Paula, 2019
- Quercia, Boris. *Santiago Quiñones, tira*. Santiago: Penguin Random House, 2010.
- . *Perro muerto*. Santiago: Penguin Random House, 2016.
- Ramírez, Diego. *Brian, el nombre de mi país en llamas*. Santiago: Ceibo editores, 2015.
- Richard Nelly. *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1998.
- Sarlo, Beatriz. “Literatura y política”. *Punto de Vista*, año VI, núm. 19 (1983): 8-11.
- Serra Banfi, María Pía. *Réquiem* (texto sin publicar).
- Uribe, Areli. *Quiltras*, Santiago: Los Libros de la Mujer Rota, 2017.
- Vásquez, Juan Gabriel. *La forma de las ruinas*. México: Penguin Random House, 2016.
- Vázquez, Ainhoa *NarcoChile. Desde la realidad hasta la ficción*. En: Santos, Danilo, Ingrid Urgelles y Vázquez Ainhoa (eds.). *Narcotráfico, marginalidad y literatura*. Santiago, USACH, 2024. (En prensa).
- Vera Gajardo, Antonia (ed.). *Malestar social y desigualdad en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2017.
- Villoro, Juan, “Certidumbre del extravío”. En: Ramos, Elis (coord.), *Entrevista con Juan Villoro, Colima*, Universidad de Colima, 2002.
- Vivallo, Ricardo. *Cuadernos de Guayaquil*. Santiago: Editorial Saposcat, 2017. Citado en: Berbelagua, Natalia (2019), “Autobiografía y neoliberalismo”. *Babelia*, 7 de diciembre 2017.
- Zúñiga, Diego. *Niños héroes*. Santiago: Random House Mondadori, 2018.